

ojos de Dios, se dirigen á sus escogidos, implorando apoyo, socorro, el concurso de sus preces y su fraternal mediación¹. En vano una doctrina enervante y sombría ha tratado de presentar como una idolatría criminal este culto, impreso en el corazón humano por el amor y la esperanza; él permanece vivo en todas las almas amorosas, aun cuando por desgracia de origen se hallen segregadas de la comun madre de los hombres, la Iglesia católica².

Consecuencia del culto que tributamos á los Santos es el que profesamos á sus reliquias. El honrar estas es porque los cuerpos de que formaron parte fueron templos vivos del Espíritu Santo é instrumentos de todas sus virtudes, y serán futuros compañeros de la eterna fruición de sus almas bienaventuradas. Este culto tiene los propios caracteres que el anterior, con el cual se confunde, y la Escritura presenta mil hechos que prueban ser eficacísima y agradable á Dios la honra que se hace no solo á los cuerpos de los Santos, sino aun á los simples objetos de su uso³. Así vemos practicarlos con sacro entusiasmo por nuestros padres en la fe, desde los primeros siglos de la Iglesia, pues ¿quién ignora los obsequios tributados á los restos mortales de los primeros mártires, san Pedro, san Pablo, san Ignacio, san Policarpo; los oratorios, y luego iglesias levantadas sobre sus cenizas; el llanto vertido y las súplicas elevadas al pié de sus sepulcros, y el precio inestimable que daban á los huesos, y en especial á la sangre de las víctimas martirizadas⁴? ¿Quién criticará estos obsequios? ¿Acaso en todos los pueblos no se acostumbró rendir solemnes honras á los grandes hombres fallecidos, á los héroes y bienhechores de las naciones? Y ¿qué eminencias, qué grandes héroes y bienhechores públicos pueden compararse con nuestros Santos y nuestros Mártires?

¿Quién de otra parte pondrá en duda la santidad y utilidad de este culto venerable, á presencia de las maravillas obradas sobre los sepulcros santos, ó al contacto de sus sagradas reliquias? Por su virtud los ciegos cobraron la vista, los muertos tornaron á su ser, los endemoniados quedaron libres de su posesion; y todos estos milagros los atestiguan millares de testigos infinitamente dignos de crédito. Entre otros san Agustín y san Ambrosio⁵ refieren varios casos, no por haberlos leído en las historias ú oído de boca de los demás, sino á ojos vista y de presencia propia: En Hipona, cuenta el primero,

¹ *Discusion amistosa*, t. II, pág. 304.

² *Fe de nuestros padres*, por Mr. de Bussiére, pag. 196.

³ Exod. XIII, 49; Eccli. XLIX, 48; IV Reg. XIII, 21; Eccli. XLVIII, 14; Reg. XXIII, 17, 18; Matth. IX, 5, 15; XIX, 12, etc.

⁴ Véase nuestra *Historia de las Catacumbas*.

⁵ S. Ambrosio, Epist. LXXXV; Jerem. xci; S. August. *Ciudad de Dios*, lib. XXII, c. 9.

habia un hombre llamado Basso, oriundo de Siria, el cual oraba delante de las reliquias del mártir san Estéban, para que volviera la salud á su hija, enferma de peligro. Cuando iban de su casa á avisarle que ya estaba muerta, algunos buenos amigos se opusieron para aborrrarle este disgusto en público; mas al regresar á su albergue donde resonaban los alaridos de sus criados, echando sobre la difunta el vestido del Santo que traia de la iglesia, el cadáver volvió á animarse, y al punto recobró la vida.

Anduro, sigue diciendo el santo Obispo, es un territorio en que hay una iglesia, y en esta una capilla de san Estéban. Sucedió por casualidad que estando un chiquillo jugando en el patio de ella, un carro de bueyes se desvió del carril y una rueda pasó por encima del niño dejándole cadáver. Entonces su madre recogió el cuerpecito, y habiéndole puesto en contacto con el arca del Santo, no solo recobró la vida, sino que quedó sin la menor apariencia de lesion.

Muchos otros milagros podria contar, añade san Agustín, y con solas las curas operadas en Cálamo y en Hipona por el glorioso san Estéban habria para llenar muchos volúmenes, aun ciñendonos á los relatos que se redactaron para leerlos al pueblo; lo que hemos dispuesto, al ver obrarse en nuestros tiempos milagros parecidos á los de otro tiempo, persuadidos que no convenia dejar perder su memoria. ¿Nada hay sorprendente en esto? Si los vestidos de los Santos, y su sola sombra antes de fallecer bastaba á disipar las enfermedades, ¿quién sostendrá que Dios no pueda obrar los mismos milagros por medio de sus huesos ó de sus sagradas cenizas? El cadáver que por casualidad fué puesto sobre el sepulcro de Eliseo ¿no tornó á la vida apenas hubo tocado al cuerpo del Profeta¹? Fundada en tales pruebas y en otras muchísimas, la confianza en los Santos y en sus reliquias es harto universal para que pueda redargüirse de falsa, y sobrado arraigada en el corazón de los pueblos para que la impiedad pueda jamás arrancarla de él.

En cuanto á las cruces, crucifijos, imágenes de la Virgen y de los Santos, etc., si las veneramos es porque excitan en nosotros dulces recuerdos, siendo muy propios para mantener nuestra devoción. También en esto los Católicos son fieles discípulos de toda la antigüedad: en la sagrada Escritura vemos á Dios que manda á Moisés fabricar una serpiente de bronce para que los Hebreos se curen á su vista de las mordeduras de las serpientes del desierto. Encima del arca ¿no habia dos querubines de oro? David, y con él todo el pueblo, ¿no se postraban delante del arca del Señor? El mismo Señor ¿no manda respetar el escabel de sus piés? Y los monumentos de las catacumbas ¿no se componen de imágenes santas, veneradas en

¹ IV Reg. XIII, 21.

su origen por los fieles, que representan todos los misterios de la Religion? Esto no es decir que en las cruces ó imágenes se contenga virtud alguna por la cual deban ser adoradas; nada se les pide; no se pone en ellas la confianza, conforme hacian los paganos con sus ídolos; el obsequio que se les tributa es solo relativo á los modelos que representan; y al besarlas, descubrirnos ó postrarnos ante ellas, es á Dios á quien dirigimos este obsequio, ó á los Santos por las mismas figurados; bien así como el niño que al besar el retrato de su padre no acata y estima los colores y la tela, sino la dulce imágen que estos objetos hacen reflejar en su corazon.

Tal es el culto que la Iglesia presta á María santísima, á los Ángeles y á los Santos. 1º. Ella no les adora; 2º. lo que hace es profesarles el íntimo respeto que corresponde á la Madre de Dios y á los príncipes de la corte celestial; 3º. exteriormente venera sus nombres, sus imágenes, sus tumbas, sus altares y sus reliquias; 4º. al ejemplo de toda la antigüedad, autoriza las romerías al lugar de sus sepulcros; 5º. invoca su asistencia; 6º. celebra sus fiestas y encarece al pueblo sus altos hechos; 7º. procura imitar sus virtudes. ¿Hay en todo esto nada que no sea muy antiguo, muy legítimo, muy útil y muy consolador?

Basta lo dicho; pasemos á otro órden de ideas. Cual el viajero al llegar á la cima de un monte gusta reposar y pasear su mirada por el llano que acaba de trasponer, nosotros tambien, viajeros en busca de la verdad, detengámonos un instante y paseemos la vista por el espacio que hemos cruzado. Desde el principio de esta obra expusimos que la Religion, en todas sus partes, es un inmenso beneficio: Dios, queriendo á los hombres, y manifestándoles su amor por la fijacion y restablecimiento del vínculo sagrado que los une á él; por la coordinacion de todos los sucesos subordinados á la venida y al reino del Mesías; por la doctrina, las acciones y los milagros de este divino Redentor; por la revelacion de cada uno de los artículos del Símbolo; por la promulgacion de los diez preceptos del Decálogo; por la enseñanza de los varios medios de unirnos á él, á fin de que, hijos degradados del hombre viejo, nos convirtamos en hijos regenerados del nuevo Adán, tal es la interesante historia que acabamos de presentar.

De estas doctrinas resulta un hecho, hecho tan duradero como el mundo, y tan resplandeciente como el sol, á saber: que la causa, centro y objeto de todos los sucesos, es establecer, mantener y propagar la Religion. Ahora bien: semejante hecho es una respuesta eternamente perentoria contra la objecion, tan en boga hoy día, de que la Religion es una cosa fuera de lugar en el mundo, una especie de abstraccion de todo punto ajena á los sucesos é intereses de la vida práctica de los particulares y de los pueblos, pues ora se observe ó no se observe, las cosas nunca van mejor ni peor, no concerniendo en nada al bien ó al malestar temporal de las naciones; en suma, que

es indigna de la atencion de los políticos, filósofos, economistas y espíritus graves é ilustrados.

Ella sin embargo, segun hemos demostrado, es un hecho, el hecho eterno á cuyo alrededor todo gravita; por manera que lejos de no ser nada, ella debe ocupar totalmente las meditaciones de los hombres, desde el talento mas privilegiado hasta la mas limitada inteligencia, así como ocupa del todo la mente de Dios, y es el alma de los sucesos que acontecen. Ella tambien debe llamar plenamente la atencion de los políticos, á quienes sola puede dar la definicion misma de la política; plenamente la atencion de los filósofos, los cuales sin ella no harán sino aumentar la lista de los absurdos que ya dos mil años atrás Ciceron echaba en cara á los filósofos de su época⁴; plenamente la atencion de los economistas, que sin los datos por ella suministrados no pueden soñar mas que utopias, cuyo infalible y definitivo resultado será el desquiciamiento de las fortunas, la miseria de las clases proletarias y la anarquía social.

Siendo, pues, este influjo de la Religion sobre el bienestar material de la sociedad el medio quizás mejor para que se comprenda su indispensable necesidad, no nos cansaremos de señalarlo; y adviértase que al decir influjo de la Religion entendemos un accion actual, efectiva, activa siempre, y por decirlo así material y palpable, igual á la que el espíritu ejerce sobre el cuerpo, la raíz en el árbol, la fuente en el arroyo, el sol en la naturaleza; por manera que el suprimir la Religion sería quitar al cuerpo el alma que la anima, al árbol la raíz que lo fija y sustenta, al rio el manantial que lo forma, y á la naturaleza el sol que la alumbra y vivifica. Hombres del siglo XIX, hombres amonedados que nada veis sino por los ojos del cuerpo, mirad lo que es fácil de ver; y si milagro existe, es que vosotros no sepais verlo todavía. Sí, lo repito: todo ese bienestar, toda esa prosperidad material, vuestro centro, vuestro ser, vuestro orgullo, vuestro todo, descansa en la Religion, como el edificio sobre su base. Tomaos sino la molestia de *mirar* los hechos que en las lecciones sucesivas desarrollaremos, y que no dudamos os dejarán sorprendidos de no haber acertado aun á *verlos*. Empezando sin mas preámbulo por el primer mandamiento del Decálogo explicado en estas dos lecciones, considerad cuán poderoso y saludable es el influjo que sobre la sociedad ejerce.

Amarás á Dios sobre todas las cosas. Tal vez creeréis que el único resultado de la observancia ó violacion de este precepto puede ser la dicha ó la infelicidad eterna del individuo: esto sería ya algo, pero no vayamos todavía á la eternidad; quedémonos en la tierra.

Amarás á Dios sobre todas las cosas. Á este mandamiento, sabedlo,

⁴ Nihil est tam absurdum quod non dicatur ab aliquo philosopho.

ó naciones cristianas, debeis vuestra superioridad intelectual sobre los pueblos antiguos, y aun sobre los modernos para los que no ha brillado la luz evangélica; y, gracias á él, no os postrais como los Romanos delante del Júpiter corruptor y vengativo; como los Atenienses delante del rapaz Mercurio; como los Galos delante de Teutates, traganíños; como los Corintios delante de la impúdica Venus; como los Egipcios delante de una cebolla, un cocodrilo ó un gato; como los negros del África central delante de la serpiente boa; como los Indos delante de una vaca ó de un rio; como los salvajes de América delante de un tronco ñudoso. Para que de fijo sepais que á ese mandamiento de *amar á Dios sobre todas las cosas* debeis verdaderamente el estar exentos de estas groseras idolatrías, reunid vuestros recuerdos, y trasladándoos al 14 de noviembre de 1793 ved lo que pasa en Nuestra Señora de París... Un pueblo entero, caído á mucha mayor profundidad que los idólatras de antiguos tiempos, está postrado, ¿delante de qué?... ¡oh, concluid! yo no me atrevo á decirlo⁴.

Ahora bien: ¿es cosa indiferente al bienestar material de la sociedad el adorar á un Dios tres veces santo que castiga y condena la idea misma del delito, ó á unas deidades que no solo consienten todos los vicios hasta el adulterio y el robo, sino que los autorizan y divinizan en cierta manera por medio de sus ejemplos? «¿Por qué no haré yo lo que los mismos dioses se permiten?» Tal es la eterna cantinela de los hombres de corazón corrompido; y desgraciadamente, como sabeis, su número es grande en estos tiempos.

Amarás á Dios sobre todas las cosas. Si suprimís este mandamiento, decidme, ¿qué base resta á la sociedad? El hombre no puede mandar al hombre, sino en nombre de Dios ó por la fuerza. El imperio de la fuerza ejercido sobre seres libres es despotismo, y la obediencia servidumbre; entonces la rebelion es el mas santo de los deberes á los ojos de los pueblos, y de aquí todo lo que sabeis. ¿Es eso cosa indiferente para la sociedad?

Amarás á Dios sobre todas las cosas. Si suprimís este mandamiento, ¿creeréis ser mas libres? ¡Oh ciegos! ¿No veis que abrogándoos el derecho de mojaros de Dios contraeis el de someteros al yugo de las pasiones, que pronto vendrá á ser el de la fuerza? Este derecho es el de los locos y furiosos. ¡Qué grandeza abjurar de todo lo que sublima el espíritu y ennoblece la vida!

Amarás á Dios sobre todas las cosas. Nosotros necesitamos un corazón que nos ame, y hasta haberlo encontrado permanecemos inquietos y por consiguiente desgraciados. Dios nos ofrece el suyo, y nos ruega, ¿qué digo? para estimular nuestra timidez nos manda que lo aceptemos. ¿Qué resultará á la sociedad si suprimís este man-

⁴ Véase en el *Monitor* de 14 de noviembre de 1793 la fiesta de la diosa Razon.

damiento? que el hombre no querrá á nadie mas que á sí, porque solo dos amores caben: el de Dios y el de sí propio. El amor exclusivo de sí propio, ó sea el egoismo, es la aversion de los demás; y el odio universal arrastra consigo la desconfianza, la suspicacia, la negra envidia, el fraude, el tósigo, el asesinato, y las violencias de toda clase que minan á la sociedad en sus cimientos. ¿No teneis á la vista la historia contemporánea con sus páginas alternativamente manchadas y sangrientas para justificar esta observacion?

Suprimid este mandamiento, *amar á Dios sobre todas las cosas*, y el hombre queda degradado; y haceis de él un animal que rumia, ó una plata que vegeta; y le precisais á buscar un alimento en los goces de los brutos, y á mirar como cosa que le pertenece los honores, las riquezas y los deleites, es decir, excitaís todas sus pasiones; y cuando estas se hallan desencadenadas, ¿qué es la sociedad? una sangrienta palestra: ahí está la historia.

Suprimid este mandamiento, y desde luego veis al hombre condenado al suplicio de Tántalo: el espectro de felicidad que le prometáis pasa y repasa ante sus ojos sin dejarse coger jamás; y cuando se ha desalado tras su prosecucion, torturando y estrujando á las demás criaturas para arrancarles su felicidad, como aquellos sacerdotes idólatras que buscaban los arcanos del cielo en las entrañas palpitantes de las víctimas; desesperado, gastado antes de tiempo, pone fin á sus días por medio del suicidio. Responded: ¿es esto indiferente para la sociedad? Responded mas: ¿no es tal la historia contemporánea?

Suprimid este mandamiento, y queda ahogado el espíritu de sacrificio, precisamente el que alienta la sociedad por la abnegacion particular en beneficio de los otros; y desde luego ¡adios heróicas consagraciones en bien y alivio de la humanidad doliente; adios encanto y delicia de la vida; adios todo lo que ennoblece al linaje humano!

¡Es, pues, una verdad, que solo para nuestro bien Dios nos dió su ley, como para la naturaleza crió el sol, como para animar nuestro cuerpo formó el espíritu! ¡Es, pues, mil veces cierto que la Religion entera, y que el Decálogo en especial, son un beneficio inmenso, y la primera y única necesidad social!!!

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy porque nos recordásteis el gran precepto de la caridad para con Vos y para con el prójimo, caridad que es nuestro tesoro y el manantial de toda nuestra dicha; caridad que el demonio nos arrebató; pero que Vos nos devolvísteis, y para que mas fácilmente nos aprovecháramos de ella

nos habeis dado el Decálogo que es á la vez el conducto para practicar esta caridad hácia Vos y hácia nuestros hermanos , y la salvaguardia de esta virtud admirable contra los embates del demonio y del hombre viejo. Hacednos la gracia de que amemos el Decálogo, y lo cumplamos puntualmente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *daré gracias á Dios por haberme enseñado sus santos Mandamientos.*

LECCION XLI.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN,
POR MEDIO DE LA CARIDAD.

Segundo mandamiento. — Qué es lo que manda y prohíbe. — Modo de pronunciar reverentemente el nombre de Dios. — Modo de pronunciarle irreverentemente. — Juramento. — Perjurio. — Alabanza del nombre de Dios. — Blasfemia. — Voto. — Quebrantamiento del voto. — Caso histórico. — Beneficios sociales.

*No jurarás el nombre de Dios en vano*⁴. El primer mandamiento que nos ordena honrar á Dios de una manera santa y reverente envuelve de necesidad lo que se preceptúa en el segundo; pues el que quiere ser adorado y amado, quiere por ende que se hable de él con sumo respeto, y prohíbe expresamente lo contrario. Este mandamiento, al igual que el primero, se dirige todo á nuestro bien, pues veda cuanto en nosotros pudiera amenguar el respeto, y de consiguiente el amor que á Dios hemos de profesar; cuyo amor es cabalmente el medio indispensable para nuestra union con el nuevo Adan, y la base esencial de nuestra salvacion. Así pues, el segundo mandamiento trata de la honra y deshonor del nombre de Dios por la palabra, mandándonos reverenciarlo y prohibiéndonos serle irreverentes; y puede dividirse en cuatro partes, por cuanto son cuatro las maneras de honrar y deshonrar á Dios por medio de la palabra.

Parte primera : Pronunciacion reverente é irreverente del nombre de Dios. Honrar el nombre de Dios, no es solo respetar las silabas que lo componen, sino la cosa que este nombre expresa, esto es, el poder, la verdad, la sabiduría, la justicia y la majestad eterna de un solo Dios en tres personas. Hónrase á Nuestro Señor, á la Virgen santísima y á los Santos pronunciando con amor y respeto su nombre, porque de la abundancia del corazon habla la boca; y hé aquí por qué es propio de los que tiernamente aman á Dios tenerle muy á menudo en la memoria, y repetir frecuentemente su nombre; como lo hacen con afectuosísima devocion, segun se ve en la epístola de san Pablo, donde el sagrado nombre de Jesucristo casi se repite en cada página. « ¿Qué hay en eso de extraño? dice Teodoreto; Pablo » tenia á Jesús en el corazon; ¿cómo, pues, no habia de tenerle en

⁴ Non assumes nomen Dei tui in vanum. Nec enim habebit insontem Dominus eum qui assumpserit nomen Domini Dei sui frustra. (Exod. xx, 7.)